

VENGANZA

La ermita de Santa Lucía era diminuta. Descansaba entre dos nogales y tres cipreses que la protegían del viento helador de la sierra. Desde la pista de tierra salía un camino dibujado entre la hierba ribeteado de piedras que alguien se entretuvo en colocar. Los muros eran muy gruesos de piedra gris con líquen de color ceniza y algunas flores curiosas que asomaban por las juntas de argamasa. Era maciza, sin apenas ventanales como era propio de los escuetos avances técnicos del románico. Tenía cuatro contrafuertes que sobresalían de las paredes a modo de apoyos. La puerta estaba carcomida y la cerradura había saltado bajo el ataque de algunos vándalos sacrílegos que habían entrado tiempo atrás para robar alguna reliquia.

Dentro de la ermita tan sólo había un altar de piedra y una pila bautismal ; lo demás sólo eran muros altos de piedras. El retablo , si alguna vez había existido, estaba en paradero desconocido. Y únicamente un pequeño crucifijo de madera nos recordaba la misión de aquel lugar oscuro y silencioso.

La noche del 3 de mayo , contaban las viejas del lugar que no se debía por nada del mundo acercarse a la Ermita de Santa Lucía. Esa noche fatídica los espíritus visitaban el lugar. Levantaban a los muertos y se apoderaban de las almas de los vivos. Toda esa leyenda tenía una razón fundada años atrás a raíz de un descubrimiento sobrecogedor. Junto a la ermita había dos o tres tumbas dentro de un pequeño muro. Una de las tumbas era diminuta , seguramente pertenecía a un niño de corta edad. Aunque todo eran suposiciones ya que las inscripciones de las mismas estaban absolutamente borradas por las inclemencias del tiempo. Aquellas tumbas a diferencia de otras dos, descansaban bajo tierra santa. Detrás del muro junto a los cipreses y tapadas por las zarzas y las madreselvas había otras dos lápidas de piedra en forma rectangular. En estas si que se podían leer unas inscripciones talladas , aunque quizás fuese mejor no hacerlo. Era latín "Maledictus et nefarium 3 de mayo 1940".

El párroco que ya se murió había mantenido estas tumbas siempre cubiertas , escondidas de las miradas curiosas. Pero un día cuando unos críos recogieron una pelota y las vieron; saltaron los rumores y el antiguo cura tuvo que dar explicaciones . Este

dijo que aquellas tumbas no debían ser exhibidas. Debían permanecer ocultas a los ojos de la gente y de Dios. La inscripción latina quería decir Malditos y Perversos e iba acompañada de una enigmática fecha. Sin duda un crimen horrible les había apartado del camino de Dios y por ello habían sido condenados a ser enterrados fuera de campo santo. Posteriormente surgió la leyenda y no fueron pocos los que juraron haber visto ánimas cadavéricas empuñando cuchillos. Otros aseguraban haber oído el llanto de un niño y el grito desgarrador de una mujer. Lo cierto, es que fuese verdad o no, nadie pisaba las inmediaciones de la ermita de santa Lucía la noche del 3 mayo.

Ni tan siquiera Anselmo se atrevía a deambular por aquellos lugares esa noche. Era, de hecho, uno de los más atemorizados. Se refugiaba en la casa del cura que amablemente le cedía esas noches una cama y algo de comida.

Todos o casi todos los pueblos suelen tener un tonto. Su denominación exacta y coincidente a pesar de las distancias suele ser la de "tonto del pueblo". Este apelativo suele arropar el nombre propio de cada uno de ellos. Nuestro protagonista se llamaba Anselmo Sadurní y era el tonto de la localidad de San Jerónimo de los Valles. Su edad era desconocida, había llegado al pueblo hace mucho tiempo y casi formaba parte de él, igual que la plaza o la fuente. Vivía sólo por el campo, cuidando ovejas. Vestía unos pantalones de pana cubiertos de mugre, unos zapatos de color negro de cuero y encima llevaba varios jerseys y una chubasquero verde militar. Ese atuendo le embolvía siempre sin importar la época del año. Incluso en verano se le veía sudar y sudar pero no parecía importarle. Alguna vez Doña Remedios le intentó quitar alguna prenda y le pegó Anselmo un "empentón" que la envió por la cuesta de la iglesia rodando.

Era tonto, no por que no fuera muy listo que sin duda lo era, sino por que era raro y feo. Tenía una mandíbula prominente, la dentadura ennegrecida y con numerosas ausencias, las orejas desmedidas y el pelo largo y despeinado. Los hombros se le juntaban con los mofletes y parecían comérsele el cuello; cuando hablaba, escupía y tartamudeaba. No obstante no hablaba mucho, aunque las veces que lo había hecho había dado muestras evidentes de inteligencia. En cierta ocasión mantuvo una conversación, casi discusión, con el señor alcalde exigiendo su derecho a presentarse como candidato a las elecciones. También se contaba de él que conocía todos los líos

del pueblo ya que por las noches deambulaba por las calles como un alma en pena . Además era, sin duda ,el que más sabía de ovejas y de ganado en general. La granja de las afueras , en más de una ocasión , le consultó sobre enfermedades o problemas que habían surgido en las oveja preñadas incluso corrió el rumor de que fue Anselmo el tonto quien descubrió el brote de peste porcina antes de que se extendiese y arruinase a toda la comarca. Algunos pensaban que era un loco y de allí que en ocasiones mostrase tal cordura. Conocía muchos remedios caseros para todo tipo de males y en ocasiones rivalizaba con el médico del pueblo a la hora de dar diagnósticos o remedios.

El caso es que Anselmo Sadurní dormía todas las noches en el campo a excepción de la noche del 3 de mayo que buscaba el refugio y la compañía del cura. Nadie comprendía el temor de Anselmo pero el cura D. Jeremías jamás hubiera sido capaz de negar cobijo a persona alguna.

D. Jeremías era un cura peculiar; alguna vez se le escapaban juramentos que pondrían los pelos de punta al más agnóstico. Su condición de cura no parecía acompañar la de persona educada y bien hablada. Había nacido en tiempos de postguerra sobre el 1919. Y entonces todavía en algunas familias funcionaba la tradición feudal de que el primer hijo heredaba y el siguiente se debía ceder al sacerdocio por vocación o por obligación si era menester. Ahora Don Jeremías tenía 78 años y vivía sólo en una pequeña casa apartada del pueblo donde llevaba 40 años impartiendo misas. Todavía conducía un viejo seiscientos color marrón a pesar de que el carnet lo tenía absolutamente caducado. Pero Jeremías si destacaba por algo era por su tozudez. Se contaba de él que una vez estuvo más de ocho horas esperando que un ratón que le había mordisqueado la sotana asomará la cabeza de un agujero donde pensaba se refugiaba. Cuando salió lo atrapó pero D. Jeremías todavía era más conocido por ser una persona buena en grado extremo, incapaz de matar una mosca. Cuando vio al ratoncillo con esos ojos negros mirarle se limito a soltarle una reprimenda y lo volvió a meter en el agujero.

D. Jeremías era peculiar. Llevaba unas zapatillas de deporte blancas que le había regalado la hija de Doña Maruja. No era una persona que viviese preocupada de su aspecto, de hecho tenía claro que a Dios se le debía agradecer en acciones y no en rezos,

ofrendas o aspectos estéticos. Lo que para él contaba era el trabajo y la mejor ofrenda para Dios, como repetía todos los días , era que le ayudasen a levantar el altar de la ermita de Santa Lucía que se había venido abajo cinco años atrás por una riada que arrasó el santuario.

Era pequeño pero a sus 78 años seguía conservando una vitalidad y una fuerza que muchos jóvenes quisieran para ellos. Tenía las manos gordas y ásperas con suciedad en las uñas y en los pliegues de los dedos. Aseguraba que por más que se lavaba esa suciedad era todavía más tozuda que él. Solía vestir con sotana aunque debajo llevaba unos pantalones de chandal , también regalo de la hija de Maruja. Cuando trabajaba se quitaba la sotana y se quedaba en camiseta y pantalones, se cubría la cabeza, escasa de pelo, con una boina y Llevaba siempre colgando de una cuerda unas gafas de ver de cerca que empleaba sobre todo para las misas; de lejos sin embargo tenía la vista de un buho. De hecho incluso su aspecto era similar, los ojos grandes, la nariz aguileña y la cara seria y solemne.

Cuando Anselmo Sadurní llego aquella noche tormentosa de 1998. Jeremías apenas se inmuto. En cierto modo esperaba su llegada, era un acontecimiento que se repetía ritualmente desde hacía años y años. En esas reuniones apenas hablaban, simplemente comían y se iban a dormir. Pero esa noche era diferente. Anselmo el tonto llegó más nervioso de lo normal. Hablaba desordenadamente y se empeñaba en pedir confesión a D. Jeremías. Este pensando que sería algún ataque de locura o de tontez, decidió aceptar y lo confesó. Anselmo aseguró haber visto su muerte. Había pasado por la ermita de Sta Lucía el día anterior y juraba haber visto una nueva fosa junto a las dos "malditas". Una fosa que nadie había cabado...

Tras un sinfín de incongruencias que D. Jeremías no sabía muy bien a que venían decidió absolverlo y le invitó a dormir hasta el día siguiente. Se despidió de Anselmo pero este no le contestó agachó la cabeza y se fue a su dormitorio como una oveja que va al matadero.

Por la noche hizo mucho frío, el aire de tormenta golpeaba con furia las ventanas y pasaba a través de las rendijas de los ventanales. Una ráfaga atravesó la casa y entró en la habitación de Anselmo. Este abrió los ojos espantado, estaba sudando a pesar del

aire gélido. Se incorporó y se puso frente a un crucifijo que colgaba en la pared. Súbitamente, cayó al suelo herido. Una fuerte puñalada en el costado le hizo tambalear, a pesar de su corpulencia las piernas le flojearon, se arrodillo e intentó agarrar con sus manos al agresor. Estaba oscuro y la penumbra cubría el rostro del asesino. Luego una patada en la cara hizo que sus narices reventaran y comenzara a sangrar. La sangre corría por la comisura de los labios hasta derramarse con suavidad, gota a gota, desde su barbilla. Noto el sabor dulce de la sangre y lo saboreo con amargura.

Se derrumbó sobre el suelo frío de la habitación, en su costado el dolor le impedía moverse y respirar con comodidad. No obstante bajo la presión se incorporó y salió a trompicones por la puerta. La sombra le siguió empuñando el mismo puñal que momentos antes había asestado un golpe certero en su costado.

Le sujeto por el cuello. Un silbido y un relampagueante destello y la hoja afilada atravesó su hombro derecho. Se volvió instintivamente y golpeo al aire apartándose contra la pared. Cayó al suelo un viejo candil de aceite y retumbó la puerta de la habitación. Siguió braceando pero no dio con su atacante. Había desaparecido. Gritaba como un loco mientras lloraba pidiendo compasión. Las palabras salían entrecortadas, mezcladas con la sangre y con la escasez de aliento que escapaba por la herida del costado. Sentía que su vida se iba y no podía reaccionar por que no tenía enemigo. De espaldas a la pared, apoyado sobre una pequeña estantería se protegía con el brazo.

Otro susurro en forma de viento gélido, llamó a la muerte. Y una vez más la mano ejecutora surco el aire, rompió la oscuridad y rajó su cuello como si fuese manteca. Sólo unos gemidos ahogados en sangre y las manos sobre el cuello. Luego una voz misteriosa y por fin el silencio sepulcral. Quedó postrado sobre una silla con la cabeza de medio lado, ensangrentado y con los ojos abiertos de par en par como si hubiese visto el rostro de la muerte.

D. Jeremías no se percató de nada, trabajaba tanto que luego por las noches tenía un sueño pesado y era imposible que se inmutase por nada. De ahí la sorpresa horrible que tuvo al despertar. Quedó perplejo mirando aquella carnicería, no sabía que hacer. La mano de Anselmo sujetaba un papel antiguo, manchado de tierra. Le llamó la atención por que pensaba que Anselmo no sabía escribir y aquel pergamino tenía texto.

Decidió cogerlo y leyó con atención, estaba escrito con sangre y era de difícil lectura aunque esforzándose se se entendía:

" Me obligaron a abortar . Nos mataron a los dos a mi hijo y a mi. no podían soportar que una hija suya diese a luz sin estar casada. Era demasiado grande la deshonra y por eso me drogaron y me pusieron en las manos de un médico sin ética que nos asesino ante la mirada de mis propios padres.

Luego se suicidaron y pensaron que así quedarían las cuentas saldadas... Pero se equivocaron ellos mataron a mi hijo..... y yo al suyo..."

Esa misma mañana tras dar aviso en el cuartelillo fue a la ermita de Sta Lucia. Las tumbas que estaban ocultas entre zarzas fuera del campo santo volvían a tener su nombre escrito; se podía leer Condes de Sadurní. Al lado de aquellas dos lápidas una fosa estaba abierta y una enorme losa descansaba a junto a ella se podía leer claramente: "Anselmo Sadurní fallecido 3 de mayo de 1998" y debajo un epitafio triste pero aclarador: " De médico a loco sólo hay un bisturí y dos vidas de diferencia.....hermano."